

Carlos CARDONA, *Metafísica del bien y del mal*, EUNSA, Pamplona 1987, 232 pp., 14, 5 x 22.

El título de esta obra puede parecer a quienes identifican un libro por los enunciados del índice que no responde literalmente al contenido. Y, en efecto, el *bien* no aparece en el título de ningún capítulo (pero se habla de él en casi todos ellos). Y el *mal* es sólo el título del capítulo VII; no obstante, este capítulo resultaría ininteligible si la respuesta no se fundamentase en la sólida doctrina filosófica que el Autor desarrolla a lo largo de los nueve densos capítulos que constituyen el índice de la obra. El bien y el mal se esclarecen con la reflexión metafísica sobre el *ser y la acción* (cap. 1), la *relación de la criatura a Dios* (cap. 2), el *acto personal de ser* (cap. 3), *ser y libertad* (cap. 4), *el ser como amor* (cap. 5), la *ordenación del amor* (cap. 6), la *crisis del fundamento* (cap. 8) y los *actos amorosos* (cap. 9).

Cardona vuelve a lo largo de su obra sobre una de las constantes de su investigación filosófica, que es la distinción entre *esencia y acto de ser*; distinción que tiene ya una historia importante, desde la interpretación de Cornelio Fabro (quien prologa este libro), e igualmente —aunque por caminos diversos y sin recíproca influencia— de Etienne Gilson (que afirma categóricamente «Sens acte d'être, pas de thomisme»), y después de ellos no pocos más. Nuestro Autor considera esta doctrina como la interpretación auténtica de la realidad frente a la clásica distinción entre *esencia y existencia*, que tanto ocupó a los teólogos desde Suárez, enfrentando a «tomistas» y «suarecianos». Así escribe: «Poco a poco vamos recuperando la crucial noción de *actus essendi* —clave de la metafísica de Santo Tomás—, distinguiéndolo de su escolástico sucedáneo *existencia*. Ya se va viendo que el ser participado es el acto del ente; pero parece que son pocos aún los que ven que, por eso mismo, ese único e idéntico acto del sujeto, es el acto de su operación: acto de la perfección segunda como lo es de la primera. La división y composición están de parte de la esencia (esencia-potencia, sustancia-accidente), la unidad de la parte del acto. Y el acto de ser es activo de suyo» (p. 164). Esta tesis, reiteradamente defendida desde el inicio del libro, se continúa hasta el final de la obra (cfr. pp. 192-193; 211-212, etc.).

Precisamente dentro de esta línea de recuperación del «acto de ser», Cardona desarrolla una de las tesis más originales de su obra —que no se encuentra en Fabro ni en Gilson, ni en otros importantes filósofos— y que puede resumirse en la afirmación de que «el ser es activo de suyo».

Este carácter *activo*, y no sólo *actual* del acto de ser, le permite precisamente fundar metafísicamente la Ética, rescatándola de los ámbitos meramente fenomenológicos usuales (tanto en la Escolástica como en las interpretaciones de la llamada modernidad).

Respecto del origen del mal, Cardona despliega toda una profunda explicación, que se justifica y se apoya en la doctrina expuesta en los capítulos anteriores. El mal «es un formidable interrogante para todo hombre en los más hondos momentos de su vida; y ha constituido, en consecuencia, una de las pruebas más decisivas de la validez de todo conocimiento metafísico» (p. 151).

De acuerdo con el pensamiento tomista, Carlos Cardona sitúa el mal no como «simple carencia», sino como «privación». De ahí que el mal no sea un dato primario ni responda a la experiencia más primigenia del hombre: «no se empieza nunca con lo negativo». Por el contrario, el «mal» hace referencia al dato más positivo del «bien». Y, procediendo por una serie de causas, el origen del mal remonta a la existencia del bien supremo, o sea, a Dios. Cardona encuentra en el mal un nuevo camino de acceso a Dios. «En consecuencia, lejos de ser la existencia del mal un argumento en favor del ateísmo —como alguno sigue pensando, después de siglos de refutada esa superficial objeción— es un camino para el conocimiento de Dios, como Bien infinito y Creador: Autor libre, diferente del ser de la criatura. A la cuestión, *Si Deus est unde malum?*, que Boecio recuerda, responde Santo Tomás con sencillez que hay que invertir radicalmente los términos y afirmar: *Si malum est, Deus est*. No habría mal una vez quitado el orden del bien, en cuya privación el mal consiste; y no habría ese orden final, si Dios no existiese. Sin el conocimiento de Dios, no tendríamos siquiera la noción propia del mal» (p. 155-156). La reflexión tomista es esclarecedora a este respecto y su comprensión debería acabar con esa objeción fácil que en el plano de la vida parece conducir a algunos hacia el ateísmo, tal como señala el Vaticano II que pone el origen del ateísmo moderno «en la violenta protesta contra la existencia del mal en el mundo» (GS 19).

Pero la explicación a la aporía acerca del origen y la naturaleza del mal no tiene plena aclaración en los argumentos de razón y precisa de la luz que aporta la fe. El autor, que defiende que su obra es «rigurosamente filosófica y no teológica», en este capítulo, sin ser «demostrativo», sino «mostrativo», recurre al origen originante del pecado primero de Adán: «No se trata de dilatar hacia atrás la explicación del pecado —como interpretaba equivocadamente Kierkegaard—, sino de saber por qué mi na-

turalidad humana —antes del ejercicio de mi propia libertad— está ya herida, y atenuada mi libertad misma, pronta siempre a desfallecer» (p. 175). Y el motivo lo señala en el mismo lugar: «advertimos también un quebranto en la voluntad, como un cierto desorden interior previo de algún modo a todo acto y que sólo un desastre primitivo puede explicar: catástrofe que conocemos por revelación y que se llama pecado original» (*ibid.*).

Según la doctrina tomista, el mal *no es*, pero *existe*. Uno agradece que este libro ayude a esclarecer el pensamiento tomista sobre la *existencia* del mal, en una de las obras del Santo más tardías y más profundas, si bien inacabada, la *Quaestio disputata de Malo*.

Los temas y problemas abordados por Cardona en este libro son numerosos e importantes. Hemos apuntado aquí sólo lo referente al mal; pero los títulos de los capítulos que hemos mencionado al principio ya dejan ver que estudia otros muchos temas, y temas claves de la ética y de una profunda antropología. En realidad este importante libro viene a ser un estudio de los fundamentos más radicales de la ética y del obrar humano, con esclarecedoras aportaciones. No tenemos espacio aquí para analizar, ni siquiera mencionar todos. A las cuestiones filosóficas básicas, como las indicadas al principio sobre la *esencia* y el *acto de ser*, el *ser de la acción*, etc., añadamos el gran interés del capítulo dedicado a la persona humana (*el acto personal de ser*). Y señalemos especialmente que comentar los análisis que Cardona hace de la libertad, el amor y la ley (*la ordenación del amor*) requeriría amplio espacio. Por su profundidad y novedad parece que el camino iniciado por Cardona en estos temas va a ser fecundo en desarrollos y aplicaciones. Por otro lado, el análisis y valoración comparativa que el autor hace de diversos pensadores y de la situación cultural actual están llenos de atractivo y ricas sugerencias.

Carlos Cardona nos tiene acostumbrados a libros bien estructurados y aún mejor pensados. Buen conocedor de la filosofía en general, y de la tomista en particular, pero siempre más preocupado por la realidad que por las filosofías, se adentra en los problemas metafísicos con seguridad, convencido de que la metafísica del mismo Santo Tomás se guiaba también más por la realidad que por las opiniones de filósofos. Pero una duda puede surgir a lo largo de sus obras: la filosofía de Cardona al afrontar los diversos temas, ¿será la misma que adoptaría Santo Tomás? ¿El Aquinatense no habría ensanchado sus moldes conceptuales si tuviese que enfrentarse con los agudos problemas que presenta el hombre de nuestro tiempo? Carlos Cardona es muy consciente de esto, y lo afirma expresamente en varios pasajes de su libro. Muestra que Santo Tomás le es muy

familiar, pero también conoce muy bien el pensamiento y situación del hombre de hoy. Sabe por eso que es preciso acercarse a los problemas con la actitud con la que se acercó Tomás de Aquino, o sea, se debe prestar atención al dato concreto, es necesario siempre confiar en la capacidad de la razón para encontrar la verdad, y atender y escuchar las opiniones de los más opuestos pensadores de la época y aún del tiempo anterior, y siempre, se ha de tener la libertad de espíritu que tuvo el Santo Doctor para dar respuesta personal a aquellos problemas que inquietaban al hombre y a la cultura de su tiempo.

Posiblemente, advierte esto nuestro autor cuando escribe en el prólogo de su libro: «Aunque me parece que mi interpretación metafísica de esos temas responde a lo mejor del pensamiento de Tomás de Aquino, hasta donde él pudo llevarlo en su lamentablemente corta vida, soy plenamente consciente de haber hecho desarrollos muy personales, y no pretendo presentarlos como necesariamente expuestos o sostenidos por él. Como a él mismo, no me interesa tanto saber qué ha pensado cada uno, sino cómo está la verdad de las cosas. Renuncio, por tanto, a cualquier título de valor exegético y hermenéutico del Doctor Universal» (pp. 26-27).

El tomismo de nuestro tiempo debe mantener un espíritu abierto a las cuestiones actuales —el mismo que animó a Santo Tomás— y no puede ser un simple comentario y repetición de sus propios argumentos ni siquiera de su especial y a veces contingente conceptualización. Carlos Cardona quiere ser uno de esos. Ojalá la historia lo confirme.

A. FERNÁNDEZ